

VALPARAISO



En esta playa muere la ola de la música.
¿Quién para cantar usa mi propio corazón?
Entre el humo de mi pipa, amiga,
veo tu silueta clavada por la daga de la melodía.
Todas las cartas geográficas en la cinta de tu voz.
Del acordeón zarpan navíos de estremecidas gavias
y tú exprimes el ritmo de países maduros,
mientras yo estoy aquí, vencido por la angustia
de tantos hombres que nunca he conocido.

Oye latir el puerto en la huida del día.
Porque a estas tierras del Sur
el día llega cansado de su viaje
y rueda, gota de luz pronto absorbida por los paralelos.
El día del Sur es como la hoja de un puñal:
ancho en Valparaíso, va afinándose hasta el agudo
extremo luminoso de Magallanes
donde roza un instante
las alas plegadas del Invierno.

Ya echó el puerto su red de encendidas ventanas
para pescar la tarde. La noche se abre ahora
de un golpe seco en las tabernas y en los bailes de marineros.

Ahora beben su licor, fuman su tabaco
los pescadores de las grandes ballenas antárticas,
los "gringos" del malecón, los capitanes de altura
y el hombre de los ojos oblicuos
a quien llamas "el soñador de Shan Ghay".
Así, muchacha, es la noche del Sur, prolongada,
como la noche de los amantes extenuados.

Oye latir el Pacífico.
El viento carga para la gran travesía su litoral de luces.
De este collar de puertos que rodea el océano,
Valparaíso se desprende y se quiebra en la profundidad de la noche,
allá, de donde vienen las tormentas,
los lutos escritos, en el extremo del periódico,
la voz del Capitán que domina a la ola.

Sólo el oblicuo vagabundo del muelle,
el aduanero taciturno y sin novia,
el marinero, viejo diez veces más que su vieja pipa,
conocen los nombres que la marea arrastra:
Lilinu-Kalami, reina de Haway,
que en los más solitarios paralelos
sale al encuentro de los capitanes perdidos;
"Tusitala", buen inglés,
que amaba su tabaco y su collar de flores de las islas.

La guitarra del tiempo canta en las mareas.
El sueño de las cosas sin fortuna
cimbra el abandono de los navegantes,
persigue la estela de los cetáceos en las grises tardes de alta mar.

El Pacífico, tam-tam de los sueños,
golpeado por un millar de puertos luminosos,
música que empuja hacia un destino sin ansiedad,
soledad bienhechora del corazón
donde toda amargura encuentra sabiduría y vida.

Valparaíso, palabra botada
en los figones de Hong Kong, tras los visillos de Bretaña,
en las mañanas de Oslo.

Valparaíso y tormenta. Y para sus muertos
la Cruz del Sur detenida en su vuelo por la piedad.

Danza ahora, muchacha, al son de las mareas.

He aquí el viejo tam-tam de los sueños,

he aquí la mejor tumba y el puerto

pintado de luces extranjeras.

Mi pipa, tu baile, el océano y su sueño de Dios.

Danza, muchacha, al son de la mareas

que el mundo navega en la tormenta de mi pensamiento.

SALVADOR REYES

Premio Nacional de Literatura 1967

